

En viaje

REVISTA MENSUAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO CHILE



Benito Rebolledo, Pintor de Chile.

Pedro Sienna.

RECIO como un roble, moreno retostado, luciendo unas espaldas de luchador y aturdiendo con su estruendosa carcajada, Benito Rebolledo Correa ha sido siempre el prototipo del artista fuerte, orgulloso y seguro de sí mismo. Batalló sin descanso y ha vencido, sin ceder nunca una pulgada de terreno, resuelto y animoso, como si en sus manos velludas la paleta y el pincel hubieran jugado también el oficio de escudo y de lanza.

Criollo hasta la médula, Benito habla en chileno claro y en sus mocedades era famoso por sus arrebatos de genio. Algunos de sus gestos de rebeldía hicieron época. Los comisarios de los Salones le temblaban. Y con ra-

zón. Una vez se encaró, delante de todo el público que concurría a la apertura de una exposición, con un crítico de arte, porque frente a un cuadro suyo expresó, señalando una parte de la tela; "Este trocito está bien pintado..."

—¡Quite de ahí, señor! — le gritó furioso Rebolledo — ¡Qué sabe Ud! ¿De dónde saca que ese trocito no más está bien pintado? ¡Todo el cuadro está bien pintado! ¿Me entendió?

Y lo sacó a empellones hasta la puerta.

Han pasado los años. Hoy día vive solitario, alejado del mundanal ruido, consagrado exclusivamente a producir en calma

y sosiego. Al torbellino de antaño, rebelde, anárquico, dinámico, entreverado con ejercicios de "punchingball" y lecturas de Gorki; a la bohemia de melena revuelta, barbas de moro y corbata revolucionaria, ha sucedido una existencia de remanso. Ya no arma escándalos en los Salones oficiales, blandiendo su potente voz abaritonada y sus puños de atleta. Se cortó la melena, se afeitó las barbas, se achicó la corbata y tiene frases benévolas para los que vienen de atrás. "Estos niños que empiezan, como dice él.

Pasó la hora divina de la juventud, con sus intransigencias feroces y sus desplantes soberbios. El hombre maduro, el gran pintor, en plena potencia de sus facultades da cima ahora a su fecunda labor artística por medio del trabajo meditado y rico de experiencia.

La vieja amistad que me une con el artista y el hecho de que



Una de las últimas producciones de nuestro gran pintor. Se titula "Bajo el cielo azul" y tiene todo el recio colorido que Rebolledo Correa sabe darle a sus telas.



Benito Rebolledo, a quien con justicia se llama el pintor de Chile, posa para "EN VIAJE", frente a un retrato.

está preparando una vallosa exposición de sus últimas obras, me han empujado a subir los escalones que conducen a su taller, instalado en el piso alto de una antigua casa, de esas que se llamaban señoriales, en Avenida O'Higgins 2091.

Detrás de los cristales del enorme ventanal que da hacia la avenida, la tarde de invierno se ve más gris y más friolenta y más ahogada en neblina, en contraste con el gran brasero colonial que arde en el centro del taller y los cuadros que cuelgan en las paredes o se yerguen en los caballetes. Telas en las que triunfan el color y la luz con vida propia. Luz de sol, reflejos de sol son los que bañan esas colinas por las que se desparraman rebaños de ovejas mansas y esos cerros donde triscan grupos de cabras montaraces. No es pintura extendida. No es materia muerta manejada con más o menos habilidad y conocimiento del oficio. Es vibración lumino-

sa. Porque Rebolledo es ante todo y por encima de todo un colorista, un enamorado de la luz y del color.

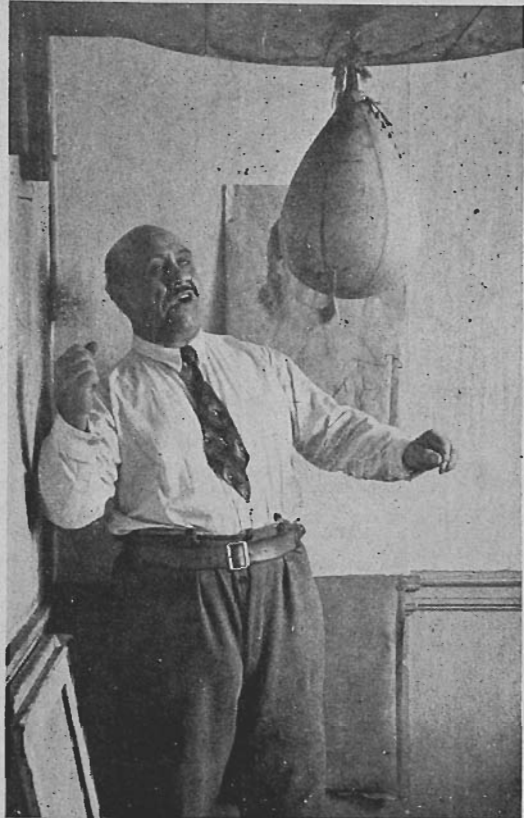
En sus años mozos, arrastrado por esta pasión irrefrenable, que acentuaba su decisión, y valentía, causaba asombro con el atrevimiento de sus tonalidades. Era la época en que gustaba el paisaje lamido, de matices dulces y melodiosos, el crepúsculo desvanecido y cobarde. Rebolledo fué, tal vez, el primero entre nosotros que "vió", no por influencia de determinada escuela, sino por genial intuición, la verdadera luz en la figura al aire libre y se atrevió a interpretarla sin vacilaciones, contraponiendo ocres y azules, haciendo jugar inusitadas gamas de anaranjados y violetas, con vigorosa pincelada impresionista, en sus inolvidables escenas de figuras desnudas frente al mar. Fué el primero que las pintó envueltas en luz, dándoles volumen con sombra ilu-

minada, en un tiempo en que la figura se trabajaba en el taller y después se situaba engañosamente sobre un paisaje de campo o de playa, donde aparecía como recortada, sin atmósfera y en completa incongruencia luminica con el fondo. El artista barrió con ese truco de mala ley, el que, no obstante, todavía se suele poner en práctica...

En rigor de verdad, este afán por atrapar la vibración colorística, llevó al pintor, a veces, a ciertas exageraciones; pero nada se ha impuesto nunca sin audacia. Por lo demás, el mismo lo reconoce hoy día. Mirando un cuadro de sus comienzos, una escena de bañistas, que Rebolledo conserva en un rincón de su taller, le digo en broma:

—En aquel tiempo tú no te parabas en peñillos cuando te daba por el anaranjado y el violeta.

—Así no más era—me respondo, casi con orgullo. Eso tiene que



"Mens sana in corpore sano". Benito, que conserva una gran agilidad espiritual, no descuida la fortaleza de sus puños y día a día, hace ejercicios de boxeo.

pasarle a uno. Son ignorancias de muchacho...

Bien puede decirlo ahora quien, en plena madurez y conociendo a fondo los secretos de su arte, descarta los primitivos arrebatos con la sabiduría del maestro, manteniendo incólumes, en cambio, sus magníficas condiciones de creador de belleza.

Rebolledo es, sin duda, el pintor que goza de mayor prestigio

y que tiene más hondo arraigo en el público. Nadie como él ha sabido interesar de manera tan definitiva con su obra total. Virtualmente, su talento pictórico ha abarcado todos los géneros, desde el gran cuadro de composición — histórico o costumbrista — hasta la naturaleza muerta, pasando por el retrato, la marina, el paisaje, el desnudo y el lienzo de tipo animalista. Sus cuadros gustan lo mismo

al entendido que al profano. Es que hay en ellos una sinceridad de expresión, una factura robusta, una sensación de realidad que convence a todo el mundo. Nadie puede sentirse frío ante un cuadro de Rebolledo.

Con mucha justicia está considerado entre nosotros como el representante más genuino de la pintura chilena. En efecto, en toda su labor se advierte un intenso sabor criollo. En sus composiciones, que entrañan un generoso impulso creador, entra abundantemente una visible dosis de amor y apego a la tierra. Sus cuadros trasudan chilenidad. Jamás se encuentra en ellos el menor asomo de extranjerismo. Pintor de temperamento muy personal, ha desdenado las influencias extrañas y todo su arte nace espontáneo, como una floración agreste y poderosa de su rico venero interior. Desprecia lo importado con cierta agresividad y no concibe otra fuente de inspiración para sus motivos que la que le brindan nuestros cielos, nuestros campos, nuestras playas, nuestros tipos raciales y el ambiente vernacular que los envuelve. A cada tema le imprime el sello de su inconfundible personalidad, de su dominio del color y de la luz. Igualdad que, digámoslo por última vez, ha llegado a ser proverbial entre nosotros. Muchas veces, ante un luminoso paisaje cordillerano o frente a una escena playera, palpitante de sol y de vida, se ha dicho en un grupo de gente, sin afectación ninguna: "Miren, parece un cuadro de Rebolledo".

No cabe mayor elogio.

Benito Rebolledo Correa ha obtenido en Chile todas las recompensas y premios oficiales a que puede aspirar un artista del pincel, y sus obras ocupan sitio de honor en galerías extranjeras, como lo más representativo de nuestra naturaleza y de nuestro carácter.

Pedro SIENNA.